



Capítulo 1

—¿*E*stás lista, querida? —preguntó tío Jules, con la voz amortiguada por el casco protector. Jeanne asintió con la cabeza y su propia careta, poco más que una delgada chapa con dos agujeros para los ojos, tembló precariamente.

Asintiendo, Jules llevó la espada al frente, apuntándola hacia arriba como si de un dedo elevándose al cielo se tratase, e hizo una leve aunque respetuosa reverencia a su sobrina; el elegante movimiento reveló un atisbo de la destreza del espadachín. Jeanne realizó el mismo saludo que su tío y aguantó, obligando a sus pulmones a inspirar y espirar profundamente.

—*En garde!* —bramó Jules.

Jeanne enderezó el brazo con el que sujetaba el acero al frente, a la altura de la cintura, y flexionó las rodillas. El brazo izquierdo alzado en el aire por detrás de la cabeza, el antebrazo elegantemente doblado y la cintura girada. El derecho suspendido, parcialmente extendido, protegiéndose la cintura con el codo y el pecho con la muñeca. Los cuádriceps le temblaban a causa del esfuerzo mientras que los bíceps y tríceps se tensaban al adoptar esa precaria pose por enésima vez aquella mañana. El sonido de su propia respiración rebotaba contra el tosco casco, llevando hasta ella el leve aroma del melocotón que había tomado para desayunar.

Su tío inició el combate, moviendo un pie seguido del otro, y Jeanne siguió su provocadora pauta.

—Vamos, niña, ven a por mí —rugió Jules, provocándola con la punta de su magnífico estoque.

Se movió como le habían enseñado, acoplando el movimiento de pies a una secuencia de ataque.

—Bien, bien —la alentó su tío—. ¡Avanza, ahora!

Levantando los dedos del pie adelantado, deslizó la planta del mismo para avanzar rápidamente con ambos.

—¡Avanza!

Repitió el movimiento.

—¡Avanza, avanza!

Una vez más, dos, dando primero un paso rápido.

—Bien. ¡Ahora prepárate para atacar a muerte!

Jeanne notó que el sudor resbalaba por su frente, sintió escozor al metérsele en los ojos, pero no se atrevió a perder un solo segundo en enjugárselo. También se deslizaba lentamente por su espalda, haciéndole cosquillas en la sensible piel, pero no se detuvo a secárselo. El dolor que sentía en el antebrazo era punzante, pero los músculos que controlaban la sujeción de la empuñadura se negaban a ceder. Esquivó, atacó y dio un paso más.

El sonido metálico de los largos y delgados estoques reverberaba una y otra vez en la vacía estancia de piedra cuando se encontraban, y Jeanne inhaló el olor almizcleño del oscuro moho que crecía allá donde se filtraba el agua subterránea. En la antigua cámara vacía, situada en el sótano del espléndido palacio de Versalles, el tiempo, el lugar y el sonido carecían de importancia. Sus cuerpos eran lo único que existía y los débiles sonidos que hacían se volvían parte del entrenamiento. Jeanne sabía a qué debía prestar atención: al restallar correcto que le indicaba una buena estocada, o a un profundo gruñido de su tío; ahora le tenía a la defensiva. Si gruñía más de lo que lo hacía ella, significaba que era un buen día, como el de hoy. Fintó, esquivó su estoque y le tuvo prácticamente contra la pared.

«Hoy —pensó—, puede que hoy le venza por primera vez.»

Los pensamientos de Jeanne dibujaron un amago de sonrisa en su boca. Esquivar, embestir, arremet...

El tañido de las campanas de la capilla que sonó por encima de sus cabezas retumbó por toda la estancia.

Jeanne y el tío Jules se quedaron petrificados...

—¿Es eso la llamada...? —comenzó Jeanne.

—¡Llaman a misa! —exclamó su tío, despojándose del casco y liberando así su larga melena canosa.

—¡Querido tío, estoy perdida! —Se quitó su propio casco, su melena castaña se derramó sobre los hombros al tiempo que el protector caía con gran estrépito al suelo.

Le lanzó el estoque a su tío, que lo atrapó con destreza.

—¿Esto queda entre nosotros, tío?

—¿Necesitas preguntarlo? —Miró a su sobrina con desaprobación.

Jeanne esbozó una pequeña sonrisa y sacudió ligeramente la cabeza, encaminándose con celeridad hacia la puerta.

—Seguimos mañana, querido tío, ¿de acuerdo? —le dijo por encima del hombro.

—Por supuesto, pequeña. —Jules se despidió con la mano y sonrió con afecto a la figura que se marchaba a toda prisa.

Jeanne atravesó el pasillo como alma que lleva el diablo, dobló la esquina dos veces, subió un tramo de escaleras y recorrió tres pasillos más en dirección al excusado. Luego fue volando desde el sótano del edificio principal, el pequeño había sido la cabaña de caza de Luis XIII, hasta la parte posterior del ala sur, una de las diversas ampliaciones de su hijo, Luis XIV. Mientras corría se aflojó los pequeños lazos y cordones que ceñían su atuendo. Jeanne Yvette Mas du Bois daba gracias al Señor por haber pasado gran parte de su niñez en aquel laberíntico palacio; conocía hasta el último palmo. Ya sin resuello, maldijo la incoherencia de los palacios. Por el amor de Dios, corría el año 1682, se habían llevado a cabo reformas durante más de dos décadas y seguía habiendo un número limitado de excusados, y la mayoría se encontraban en ese lado de la enorme mansión.

En el abandonado pasillo encontró al fin el retrete, cerró la puerta al entrar y se sintió inmediatamente atrapada; no era más que un cubículo en la pared con un banco de madera con un agujero del que emanaba el más fétido de los olores.

Jeanne se desprendió de los viejos calzones, la camisa y las botas altas con vuelta, que pertenecieron a su hermano; su pecho se agitaba violentamente, tratando de recobrar el aliento del que la larga y enrevesada carrera le había privado.

Se habían gastado millones de luises en alfombras Aubusson y tapices Gobelin, pero apenas había urinarios suficientes para la mitad de la población que habitaba bajo el glorioso techo de palacio y, de ellos, la mitad se encontraban tan alejados que todos los días sucedía algún percance. Eran innumerables las veces en que los nobles ebrios o los diplomáticos de visita que se perdían se orinaban, defecaban o vomitaban en cualquier rincón privado de los laberínticos pasillos, en las escaleras o en las aspilleras en un vano intento por llegar a los excusados o conseguir una *chaise percée* a tiempo. Los borrachos eran los peores; su estado de embriaguez disipaba cualquier reparo que pudiera causarles tener que evacuar en público. Su comportamiento con respecto a todo el asunto era bastante esentóreo. A Jeanne le repugnaban sus desagradables risotadas en igual medida que sus hábitos de higiene.

De algún modo, el palacio permanecía limpio: los «accidentes» desaparecían con celeridad gracias a las manos de miles de criados empleados para tal servicio. Luis XIV insistía en que Versalles, ahora *La Maison du Roi*, así como la sede del gobierno francés, estuviera inmaculado, una excepción a la norma con respecto a los edificios gubernamentales y públicos. Una respuesta adulta a la miseria que había vivido de niño en el Louvre.

Casi vestida, Jeanne sintió que las femeninas medias y la ropa interior de puntillas, típicas de una joven aristócrata de fortuna, empapaban el sudor que aún brotaba de sus tonificadas glándulas y se pegaban a su piel. Su almizcleño olor femenino la envolvía, pero ahora no podía hacer nada al respecto. No hacer acto de presencia en la Capilla Real del soberano, tal y como debía hacer cada mañana, provocaría una desgracia y solo había pasado un minuto desde el primer toque de las campanas.

Mientras se ataba aún la parte delantera del corpiño, Jean-

ne abrió la puerta de una patada, haciendo que ésta golpeará bruscamente contra la pared del pasillo. Recorrió a toda prisa el oscuro corredor, los tacones de sus zapatos adornados con lazos repicaban sobre el duro suelo de madera y el tocado de encaje que llevaba en la cabeza se meneaba con cada paso que daba. Tras subir dos tramos de escaleras curvadas, se encontró cerca de la galería de las batallas situada en la planta baja y cruzó corriendo la puerta que daba al atestado patio, parpadeando inmediatamente a causa del reflejo de la brillante luz del ardiente sol de agosto sobre las blancas paredes exteriores del palacio. Puesto que correr sería un acto indecoroso, caminó con la mayor premura posible, luciendo una sonrisa experta mientras saludaba a la multitud allí congregada.

Volvió a entrar en el edificio, esta vez al ala norte, a través del pequeño corredor abarrotado de cortesanos y plebeyos, que habían acudido para ver fugazmente a su soberano, y se dirigió sin perder tiempo a la puerta de la capilla.

¡Dios bendito! El rey encabezaba el cortejo protocolario por el pasillo; los condes, marqueses y barones estaban al otro lado del umbral y los duques esperaban para entrar. ¡Se había perdido su turno de entrada! Era la hija del conde de Moreuil, Gaston du Bois, y por tanto debía entrar antes que los duques. Romper el código de conducta, tan rígido como el propio rey, podría conllevar el más severo de los castigos.

No tenía alternativa; debía hacer lo correcto. Jeanne se mordió el carnosó labio inferior y, retorciéndose las manos, dirigió la mirada hacia el suelo, agachó la cabeza y se abrió paso entre los duques y sus esposas, mujeres que la miraron ceñudas con los labios apretados. Sabía que hoy iba a ser la comidilla de todas las lenguas ociosas, chismorrear era el segundo pasatiempo predilecto de los cortesanos, justo por detrás de la adulación. Se coló en el banco donde sus padres estaban sentados aunque, afortunadamente, los condes de Cordierer y su hija la separaban de ellos.

El rey, cómodamente apoltronado en su estrado, no reparó en su tardía llegada, pero no podía decirse lo mismo de su padre. No se atrevió a volverse o a mirar en su dirección, pues

la ira que destilaban sus ojos sin duda la haría arder viva. Temerosa de mirarle, sintió que su cólera la envolvía como un sudario. Mademoiselle Le Thibault, la hija de la condesa, les observó, paseando la mirada entre ella y su padre, espectadora de un juego sumamente entretenido. Jeanne apretó la mandíbula, los músculos se flexionaron bajo la fina tez, furiosa consigo misma por dar pábulo de esa forma a la morbosa factoría de rumores de la dama. Se esforzó cuanto pudo por dejar de retorcerse las manos y de agitar los pies; Jeanne sintió que se relajaba tras inspirar profundamente el aire perfumado de incienso.

El padre Herbert, capellán de la parroquia de Versailles, ocupó su lugar junto a la balaustrada de la pila bautismal, las moradas vestimentas cubrían su enorme panza y una alta mitra daba la falsa sensación de que era más alto. Alzando los brazos ampliamente como si abrazara a toda la congregación, inició el sermón con voz atronadora.

—Las gentes de las nobles tierras de Francia hemos de darle gracias a Dios y al rey por la grandeza en que residimos. Gracias a su poder y a su mano crecemos y prosperamos en semejante abundancia.

No hizo mención alguna al Papa o a Roma; ningún párroco que sirve a la Corona tiene el menor deseo de pasar el resto de sus días en la Bastilla. No, ese sermón tenía como único objeto halagar al rey. Luis era un paladín del Galicanismo; el movimiento puramente francés cuyo propósito consistía en restringir la autoridad papal e incrementar el poder del Estado, sobre todo el del Rey Sol.

—Mirad a vuestro alrededor, os digo, pues en estos mismos muros se erige el poder de nuestro gran soberano.

La iglesia se erigía como un paradigma del opulento dominio de Luis; los ornamentos en forma de volutas doradas, las hermosas esculturas de cariátides y atlantes y, más especialmente, las pinturas del altar. Casi tan larga como la pared en que se encontraba, *Comida en Casa de Simón el fariseo* había sido un regalo de la República de Venecia en 1664, testimonio de hasta dónde se extendía el poder de Luis.

Luis XIV estaba sentado en su asiento de terciopelo, con

los grandes ojos oscuros alzados con candor hacia los cielos y los párpados se le agitaban delicadamente cada vez que el párroco hablaba de él con semejante elocuencia. La tímida sonrisa de su cara reflejaba la inocencia de un niño al que están elogiando. No era ningún secreto que al rey le encantaba escuchar cómo le alababan. Daba igual que fueran o no sinceras, las palabras de homenaje le emocionaban infinitamente. El exaltado sacerdote apoyó el puño sobre el púlpito, elevando el tono de voz prácticamente hasta llegar a ser un alarido.

—Debemos hacer lo que nuestro rey y nuestro Señor nos pidan, pues servirles es nuestro único propósito en esta vida mortal. —La intensidad con que culminó el sermón le tornó el rostro escarlata.

Luis se recostó contra el alto respaldo de su asiento, con los hombros encorvados; agachó la cabeza y la muy humilde sonrisa había abandonado las comisuras de sus labios, sin duda decepcionado porque hubiera acabado el elogioso sermón. Las manos de Jeanne, posadas sosegadamente durante el servicio, comenzaron a retorcerse una vez más como las de una lavandera que retuerce un paño húmedo. Maldijo para sus adentros la brevedad del sermón de treinta minutos. Miró de reojo a su izquierda, una vez más, y vislumbró fugazmente el semblante de su padre. La garganta se le constriñó al tragar saliva de repente. Su padre tenía el rostro enrojecido, como si la sangre de su cuerpo estuviera coagulada bajo sus enjutas y pálidas facciones. Una oscura vena le cruzaba desde la ceja hasta el nacimiento de su blanca peluca, latiendo al ritmo acelerado de su corazón, y la mandíbula se le tensaba repetidamente como si el rostro le palpitara.

El estómago de Jeanne profirió un sonoro gruñido, no a causa del hambre, sino por el doloroso mal presentimiento que la atenazaba. Sabía lo que le aguardaba, sabía sin la menor duda que sería terrible, pues no era la primera vez que había sido objeto de la cólera de su progenitor. No podía evitar la tormenta que se le avecinaba, pero sí intentar dejarla atrás.

Jeanne se recogió las amplias y largas faldas de seda y se marchó precipitadamente del banco, empujando a una oronda

duquesa que se encontraba en el pasillo, bloqueándole el paso. La remilgada y empolvada mujer profirió una protesta pero Jeanne hizo caso omiso. Volvió la cabeza bruscamente por un instante y vio que su madre, la condesa y su hija retrocedían para dejar pasar a su padre, meros obstáculos que se interponían entre su presa y él. Jeanne apretó el paso, tratando de dejarle atrás de forma decorosa, pero era imposible de eludir. Su padre la alcanzó con unas pocas zancadas de sus cortas piernas y la agarró bruscamente del brazo. No articuló una sola palabra, aunque recorrió el pasillo como una exhalación, con una feroz mueca iracunda disfrazada de sonrisa, llevando a rastras a su hija. Jeanne encorvó los hombros, consciente de cuánto le enfurecía a su padre que le sacara un par de centímetros de altura. Tiró de ella como si de una niña terca se tratase, acrecentando su humillación al ver los cientos de rostros estupefactos al pasar.

Desde la llegada del mes de mayo y el traslado oficial de la Corte a Versalles, la población había aumentado de forma exponencial; cerca de diez mil personas vivían ahora dentro de esas esplendorosas paredes. Los amplios, aunque atestados, pasillos estaban abarrotados de cortesanos, plebeyos y campesinos, algunos esperando poder realizar una petición ante el rey, otros con la sola esperanza de atisbarle fugazmente. Tras dejar atrás todas esas miradas especulativas y escrutadoras, Gaston tiró de Jeanne como lo haría de un perro sujeto con una correa.

Avanzó con presteza de un deslumbrante salón a otro, su marcha resonaba en los suelos de mármol y oscura madera como si, con cada paso que daba, aplastara el piso, o a su hija, bajo sus pies. Los largos rizos de su alta peluca blanca ondeaban igual que un estandarte proclamando su importancia. Jeanne corrió para seguir su ritmo, pero sus voluminosas faldas y las muchas capas de tafetán y seda que llevaba debajo hacían que le resultase dificultoso dar largas zancadas.

Gaston fue apretando cada vez más el brazo de su hija a medida que atravesaban el palacio. La joven sentía cómo la mano de su padre le comprimía los músculos, convirtiéndolos en una delgada lámina de carne. Sintió la presión de cada uno

de sus dedos clavándosele en el hueso, como si fueran dagas oprimiéndola, amenazando con perforarla a base de pura fuerza. Jeanne escuchó la laboriosa respiración de su padre cerca de la oreja y olió su aliento a vino. Los pulmones comenzaron a arderle. Debido al ceñido corsé y a las enaguas, tan solo era capaz de inhalar cortas bocanadas poco profundas que no bastaban para abastecer el esfuerzo físico al que estaba siendo sometida.

Cruzaron otro salón tras dar unos pocos pasos más y se encontraron en las escaleras que conducían al último piso. Una vez arriba se vieron sorprendidos por el calor del mes de agosto. Gaston la llevó a rastras por el largo corredor hasta la entrada de su suite, abrió de un tirón la puerta que daba a la oscura entradita de techo bajo, y arrojó a su desdichada hija lejos de él. Jeanne aterrizó de rodillas en el suelo del pequeño recibidor.

Levantó sus ojos aterrados hacia su padre, mechones de negro cabello habían escapado de las horquillas y le caían sobre la cara, rozándole el brazo donde aún sentía la presión de sus punzantes dedos.

—Ve a tu cuarto —gruñó Gaston, su voz parecía el rugido de un animal salvaje.

—Sí, padre —susurró Jeanne al tiempo que se ponía en pie como podía. Las piernas se le enredaron en los pliegues de las faldas y cayó de nuevo de rodillas, los hematomas comenzaban ya a aflorar rápidamente en su piel. Lo intentó de nuevo, temerosa de volverse y mirar a su padre, y logró levantarse. Con tres veloces pasos llegó a la puerta de su cuarto, entró y cerró. Caminó de espaldas hasta la cama que compartía con su hermana y se sentó. Jeanne miró fijamente la puerta, esperando que su padre la echase abajo en cualquier momento. No lograba controlar los temblores de las piernas o las manos. Levantó las piernas y se las rodeó con los brazos, haciéndose un ovillo como si así pudiera evitar el ataque que estaba por llegar. Se meció lentamente mientras aguardaba y rezaba.

* * *

Gaston se paseaba de un lado a otro de la pequeña estancia que hacía las veces de salón, estudio y comedor a los du Bois, cruzando la alfombra en tonos grana y oro y haciendo aspavientos con los brazos. Adelaide Lomenie Mas du Bois estaba sentada lo más quieta posible en la pequeña silla mullida, sufriendo en silencio el arrebato de su esposo. Adelaide mantuvo la boca sellada, apretando tanto los labios que se le pusieron blancos a causa de la fuerza ejercida. Abrirlos sería sufrir algo mucho peor que un ataque verbal.

—No fue suficiente que debiera regresar aquí avergonzada, pero que haga ostentación de su mala conducta delante de toda la Corte es un ultraje. —Gaston tenía el rostro de color purpúreo, casi negro en contraste con la blanca peluca empolvada, y de su boca salían pequeños esputos—. Debería haberle rogado a la madre Robiquet que la mantuviera en el convento, o pedirle al rey el dinero para mantenerla allí.

Jeanne escuchó cada palabra que decía su padre, cada gruñido. Las paredes, casi tan delgadas como el papel, no hacían nada por contener semejante erupción verbal. Hizo una mueca, recordando el disgusto y el terror que había sentido a su regreso a Versalles unos días antes, expulsada del convento donde había pasado diez años; diez años en los que había vivido un infierno. Las ávidas lenguas de los cortesanos se deleitaban, gozosas, ante el escándalo del terrible comportamiento previo a su expulsión, infligiendo una humillación aún mayor a su padre.

—Es una desgracia para mi familia, para mí y para el rey. El mundo entero sabe que mi hija tiene la lengua del diablo, permitiéndose la desvergüenza de hablarles a las monjas como si fuera su igual o, lo que es peor, como si fuera superior a ellas. Ahora saben que tiene también el alma del diablo, ven por sí mismos que su conducta no es mejor que la de los mugrientos campesinos que piden a las puertas de palacio.

—Es joven, Gaston —repuso Adelaide, apocada, manteniendo su mirada dorada tímidamente gacha.

Gaston se volvió rápidamente hacia su esposa, traspasándola con sus acerados ojos negros.

—¿Joven? No. Es insolente y rebelde, está absolutamente descontrolada. Bernadette es dos años menor y, sin embargo, es la joven perfecta: gentil y cortés, afable y encantadora. Se casará y nos dejará antes de que acabe el año. —Gaston levantó las manos velozmente hacia la puerta, como si empujara a su hija menor por ella.

Jeanne puso los ojos en blanco al escuchar la mención a su hermana. Las palabras que ella utilizaría para describir a la rubia y rolliza beldad no se asemejaban prácticamente en nada a las empleadas por su padre. A pesar de querer muchísimo a su hermana, Jeanne encontraba su servilismo, su ciega obediencia, exasperante.

Gaston estaba de pie delante de su esposa; su rostro enrojecido, a unos centímetros de distancia, con una mano apoyada en cada brazo de la silla. Las profundas arrugas de su piel proyectaban grotescas sombras sobre el rostro a la tenue luz de la vela en el pequeño cuarto. Adelaide se puso a temblar y se apretó contra el respaldo.

—Maldito sea tu vientre. Un solo hijo fue cuanto logró echar.

Jeanne bajó de la cama y gateó hasta la puerta al reconocer el peligroso tono de voz de su padre. Estaba a punto de perder los estribos, casi había alcanzado el punto en el que las palabras airadas dejaban de ser suficientes. Se sentía una cobarde, de espaldas a la puerta, sujetándola para impedir que su padre entrara en tanto que su madre la defendía, sacrificándose por su descarriada hija como había hecho tantas otras veces.

Adelaide alzó la vista hacia su esposo, su velo de timidez se evaporó, sustituido por una chispa de ira.

—Dios elige a quién bendice con hijos. ¿Sientes el mismo desprecio por el Todopoderoso?

El sonido de carne golpeando contra carne retumbó en las paredes de la pequeña estancia. La cabeza de Adelaide golpeó contra el brazo de la silla y un delgado hilillo de sangre comenzó a brotar de su nariz.

Jeanne se puso en pie de un salto y echó mano al pomo, sus dedos le temblaban con cada acelerado latido de su cora-

zón. Un sollozo escapó de sus labios, la bilis, fruto de la angustia y la desesperación, le subió a la garganta. Lágrimas saladas rodaron por su rostro y se colaron en su boca; las saboreó con la lengua, sazonadas con miedo y desprecio por sí misma.

—No, Gaston, te lo ruego.

Jeanne escuchó la súplica susurrada de su madre y, armándose de valor, abrió la puerta de golpe. Su padre tenía el brazo levantado hacia atrás, preparado para golpear a su madre.

—No, padre. No. Es a mí a quien odiáis. Pegadme a mí —le gritó.

Gaston se volvió hacia ella, profiriendo un gruñido, con el brazo aún levantado y el puño fuertemente apretado. Adelaide se levantó de la silla con presteza, interponiéndose entre padre e hija. Jeanne se tropezó cuando el cuerpo de su madre le obligó a retroceder. Asió a su madre por los hombros, tratando en vano de impedir que fuera el blanco de la ira de su padre.

—¡Basta!

El grito provenía de la puerta, y todos los ojos se volvieron hacia el joven que se encontraba en el hueco de la entrada.

—Raol. —Jeanne susurró el nombre de su hermano, agachando la cabeza, aliviada, y apoyándola en la espalda de su madre.

—Padre, vamos. —El joven moreno de ojos ambarinos, cuyas facciones se asemejaban a las de Jeanne, cruzó la habitación en unas pocas zancadas. Levantó el brazo, bajando con suavidad el de su padre al tiempo que alejaba al hombre de su madre y su hermana.

—Debéis venir, el *Conseil d'État* está comenzando. La gente se pregunta dónde estáis.

Las palabras de Raol captaron el interés de Gaston, que volvió la vista hacia su hijo. La acción devastadora de su arranque de cólera desapareció de su rostro, los tensos músculos de la mandíbula se relajaron, dando paso a una prominente papada cuando la expresión feroz de sus labios se transformó en una sonrisa.

—Ah, Raol, estaría perdido sin ti. Le has traído a tu padre el único placer que jamás ha conocido. —Gaston dio un paso,

encaminándose hacia la puerta del brazo de su hijo. Giró sobre los talones, con sorprendente brusquedad, mostrando nuevamente la monstruosa máscara colérica cuando clavó los ojos en Adelaide y Jeanne con manifiesto odio. Ambas mujeres se estremecieron.

—Ella es culpa tuya, es tu obra —acusó a Adelaide como si su hija no estuviera presente y no pudiera oír—. Si no puedes controlarla, sufrirás las consecuencias.

Gaston paseó la mirada de su esposa a su hija, dilatando las fosas nasales como si hubiera captado un olor nauseabundo, con los ojos entrecerrados y hoscos.

—Vamos, padre, vamos —le apremió Raol, colocando sus grandes manos con firmeza sobre los hombros de su padre, haciendo que se volviese y guiándole de nuevo hacia la puerta. Miró a su madre y su hermana por encima del hombro, brindándoles una sonrisa tímida que asomó por debajo del velludo bigote negro; un pequeño bálsamo para la angustia que ambas compartían.

* * *

Jeanne llamó suavemente a la puerta cerrada.

En el desolador silencio que se hizo tras la partida de su padre y hermano, su madre y ella se habían abrazado, celebrando su supervivencia como dos soldados que se levantan de un campo de batalla profanado. Jeanne comenzó a disculparse, pero el rostro magullado y amoratado de su madre le privó de la capacidad de hablar. Tras darle un beso en los labios, se había marchado del cuarto y encerrado en su dormitorio. Jeanne había estado esperando con ansiedad a que regresara, pero ya no podía seguir haciéndolo, las palabras de arrepentimiento le obstruían la garganta como un trozo de comida a medio masticar que ansiaba vomitar, para así deshacerse de la sensación de culpa que la consumía.

—¿Mamá? —la llamó en voz baja, tocando una vez más a la puerta y abriendo una rendija sin esperar a que se lo indicaran.

Su madre estaba tumbada boca arriba sobre la cama, inmóvil salvo por el ligero ascenso y descenso de su respiración, con los ojos fuertemente cerrados. Jeanne se acercó de puntillas hasta la cama, sin apartar la vista de la figura yacente. Los ojos se le llenaron de lágrimas al ver el extenso moratón que se extendía igual que una oscura mancha púrpura sobre un lado del rostro de su madre. Se giró y dio unos pasitos hasta la peana que se encontraba en el rincón de la estancia y sobre la que había un jarro y un aguamanil. Tomando un paño del estante de debajo, vertió agua fresca en la jofaina y lo empapó. Jeanne jadeó cuando se volvió, y el paño se le cayó al suelo de madera noble. Su madre la miraba fijamente con inánime intensidad.

—Ah, querida mamá, estás despierta. —Enjuagó el paño en la palangana, librándolo de la suciedad del suelo. Sentándose en el borde de la cama, aplicó el paño con ternura sobre la piel magullada de su madre.

—¿Por qué te empeñas en contrariar a tu padre? —La voz de Adelaide sonaba apagada y forzada, sin el más mínimo rastro de inflexión.

—No pretendo hacerlo, mamá, de veras que no es mi... intención. —La voz se le quedó atascada en la garganta y sus ojos negros eran incapaces de sostener la mirada dorada de su madre—. ¿Podrás perdonarme? —Incesantes lágrimas de impotencia se derramaron y rodaron por sus mejillas.

Los labios de su madre se curvaron ligeramente en un asomo de sonrisa. Adelaide alzó una mano y la posó en el rostro de su hija.

—¿No lo hago siempre? —Bajó la mano y la apoyó sobre la colcha de seda para ayudarse a incorporarse. Se recostó contra el cabecero de madera tallada, agarrándose la cabeza como si estuviera a punto de estallarle.

—¿Quieres que llame al médico? —Jeanne se levantó de la cama, profundamente alarmada por la palidez de la piel de su madre, por lo general dorada, que contrastaba con el tono morado del cada vez más oscuro hematoma.

—No, no, estoy bien. No debemos permitir que nadie me vea. —Adelaide estuvo a punto de menear la cabeza, pero el

dolor se lo impidió cuando se disponía a hacerlo. Se llevó las manos a la cabeza como si deseara impedir que se le cayera de los hombros—. Siempre te perdonaré, pequeña mía. Pero no sé durante cuánto tiempo más podré protegerte. —Tendió una temblorosa mano hacia su hija, que la tomó, sentándose una vez más al lado de su madre—. Las cosas no son las que eran cuando te marchaste al convento. La situación de tu padre es más precaria que nunca.

Adelaide habló libremente, sin temor a que su esposo la interrumpiera. Como miembro del Consejo de Estado y cortesano que ocupaba una buena posición, estaría allá donde se encontrara el soberano. Gaston raras veces regresaba a sus dependencias a no ser que fuese para dormir, demasiado temeroso de que su presencia pasase «desapercibida».

—El rey ha arrebatado todo el poder a los nobles —explicó, con los labios apretados y pálidos—, dejando que crean que escucha sus consejos tan solo enmascara sus actos. La Fronda ha sembrado la paranoia y un afán controlador en nuestro rey.

Adelaide, hija del conde de Clemont y prima lejana del soberano, formaba parte de una prestigiosa sociedad de mujeres eruditas y estaba al tanto de los círculos más íntimos de la familia real, hecho que servía únicamente para distanciar más aún al matrimonio.

Adelaide se inclinó hacia su hija, tomando sus jóvenes manos. Jeanne se sobresaltó ligeramente al contacto de la fría piel, pero no tardó en recobrarle, tomando las manos de su madre entre las suyas, más jóvenes y calientes, deseando poder devolverle todo cuanto de ella había recibido.

—Los nobles son hombres sin poder, que se ven rebajados a urdir nimios juegos e intrigas para dar cierto significado a su vida. Se sienten humillados y frustrados por las confabulaciones que se ven forzados a tejer a causa del rey. No es de extrañar que se descarguen con cualquiera de sus allegados que sea más desvalido que ellos.

—Pero somos su familia —estalló Jeanne; las palabras abandonaron su boca como aves caprichosas y fue incapaz de reprimirse o contenerlas.

—¿Quién hay más desamparado que sus esposas e hijas? Tu padre es uno de los pocos nobles que continúan sirviendo en el gobierno de Luis, y solo porque posee educación financiera. Su posición es, a lo sumo, delicada. ¿Por qué le contrarías hablándole como lo haces?

—No es mi intención, mamá. —Jeanne se volvió de espaldas a su madre, encaminándose hacia la puerta, abierta como si fuera una vía de escape—. Y no es culpa mía.

No era ella la causante de que su padre sufriera a manos del rey. Luis XIV estaba al frente de una monarquía absolutista, y proclamaba abiertamente *l'État, c'est moi*, «el Estado soy yo». Tenía un complejo conjunto de leyes consuetudinarias y códigos de conducta en los que dictaba quién podía entrar en la habitación y cuándo; quién podía sentarse, quién estar de pie; quién podía comer y cuándo. Los nobles ostentaban ahora cargos y pensiones únicamente honoríficos. La vida era una lucha por hacerse con distinciones y privilegios triviales.

Luis estaba dispuesto a hacer lo que fuera por impedir que los nobles volvieran a unirse en su contra, tal y como habían hecho durante la Fronda, acaecida casi treinta años atrás. Los recuerdos del rey, que por entonces tenía diez años, de las privaciones y la desesperación vivida durante aquella época influían en todas sus decisiones; gobernaba según estos. Había dedicado su vida a castigarlos por lo sucedido.

Había constituido su Alto Consejo, el *conseil d'en haut*, con plebeyos prósperos que usurpaban el puesto de los nobles, pues le resultaba más sencillo destituir a un plebeyo venido a más que despojar a un conde, y a todos sus descendientes, del título. Aquél era el reinado de la burguesía de humilde cuna, como tan acertadamente lo había denominado el duque de Saint-Simon. El resto eran marionetas del rey, que danzaban a su son ante la amenaza de ser expulsados de la Corte o de pasar la vida en la Bastilla.

Jeanne se volvió hacia su madre presionándose el abdomen con las manos como si, debajo del corpiño bordado, sus intestinos luchasen por liberarse. Su alargada sombra titilaba en la pared que se encontraba a su espalda, proyectada por las

velas a medio derretir. Sacudió la cabeza con celeridad, sus largos rizos castaños se agitaban como ondas.

—No soy como las demás muchachas. Hay algo... malo... en mí. —Sus profundos ojos castaños suplicaban comprensión.

La sombra de una sonrisa se asomó a los labios de Adelaide; la aceptación de una madre por su caprichosa hija.

—Lo sé, cariño, lo sé. Pero puedes intentarlo. ¿Por qué no te esforzaste más cuando estabas en el convento?

—¡Ah, diantre! —Jeanne se llevó las manos al cabello de forma dramática—. No podía soportarlo, mamá. Las muchachas superan la estupidez; son ridículas y pueriles. Se desmayan horrorizadas por cualquier cosa o, peor aún, se pasan horas y más horas riendo como tontas.

Jeanne corrió hacia la cama, cayendo sobre ella con tal fuerza que su madre rebotó sobre el colchón de plumas.

—No soporto la idea de llevar una vida en que las decisiones más trascendentales que deba tomar sean qué ponerme y qué voy a servir. Es demasiado vacía y trivial. Quiero aprender, estudiar, ser parte del mundo. Me es imposible...

Adelaide alzó una mano, silenciando a su hija.

—¿Acaso crees que eres la primera mujer que desea romper las cadenas que se nos imponen en virtud de nuestra capacidad reproductiva? —Adujo entre dientes—. Si es así, estás terriblemente equivocada.

Jeanne contempló las lágrimas de frustración de su madre, la vena que se abultaba en su frente y la piel enrojecida y, por primera vez en su vida, vio la verdadera congoja que albergaba su madre, angustia por su vida desperdiciada.

La joven y súbitamente asustada niña no sabía qué hacer para aliviar el dolor de esta mujer, este ángel que le había dado la vida y mucho más. Hizo lo único que le vino a la cabeza.

Jeanne sacó la lengua y puso los ojos en blanco tal y como había visto hacer a los bufones del rey.

El rostro de Adelaide quedó sin expresión, luego se iluminó cuando rompió en una carcajada de puro gozo. Abrió los ojos y se llevó una larga y esbelta mano al pecho como si deseara contener el acelerado latido de su corazón. El velo de deses-

peración se desvaneció. Aún riendo suavemente, miró a su hija con los ojos rebosantes de ternura, brillantes a causa de la vorágine de emociones.

Adelaide tendió los brazos hacia su hija y la estrechó con fuerza.

—Oh, pequeña, eres y siempre serás mi luz y mi castigo.

Jeanne sonrió en la seguridad del pecho de su madre; a su mente acudió el recuerdo de las veces que había sido su refugio, sucediéndose como un paisaje al pasar. Inhaló el almizcleño aroma floral de su madre y le devolvió el abrazo con toda la fuerza de su abrumador amor.

—Me esforzaré más, mamá. De verdad que lo haré.

Adelaide chasqueó la lengua, deleitándose con la fuerza sanadora del contacto de su hija.

—No, mi querida Jeanne, lo más probable es que no lo hagas.